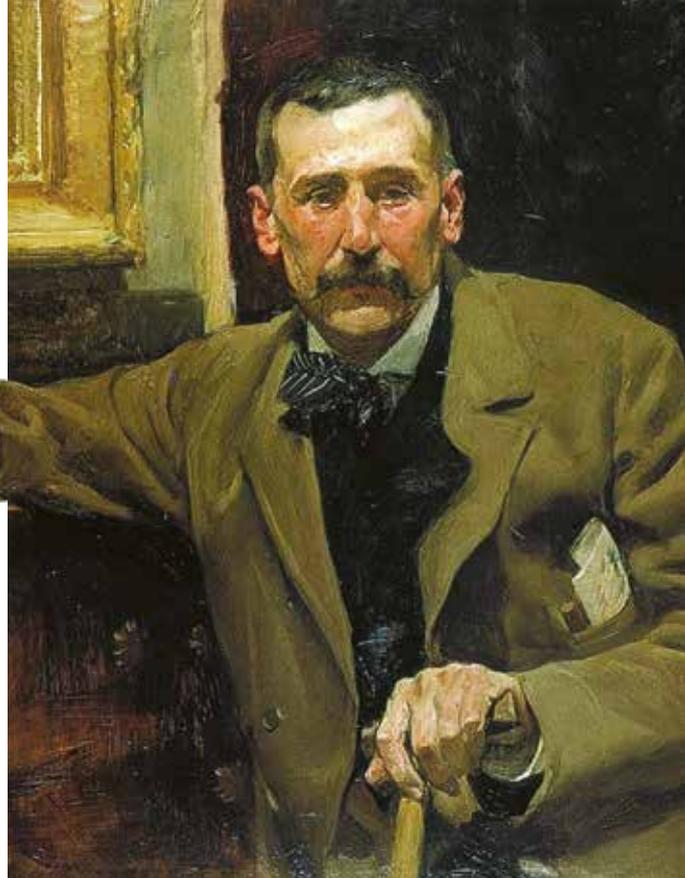


La escritura y la vida: Benito Pérez Galdós



JORDI CANAL

El autor canario fue el gran cronista de las transformaciones de la sociedad española en el siglo XIX. Este es un repaso a sus novelas y su teatro, a su evolución política, literaria y biográfica.

E

1. EN 1894, EN UNOS momentos álgidos de la madurez vital y literaria del escritor Benito Pérez Galdós, Joaquín Sorolla lo inmortalizó en un cuadro, sentado, con su característico bigote, un elegante bastón en una

mano y en la otra el infaltable vicio de fumar. No fue la única ocasión en que Sorolla pintó al autor de los *Episodios nacionales*. Tres lustros después, en 1911, hizo otro retrato, una pintura de estudio, algo convencional, en la que nos presenta al escritor con abrigo y bufanda, unas prendas indispensables, según se cuenta, para posar en el frío taller del artista. La pintura estaba destinada a ampliar las colecciones del norteamericano Archer M. Huntington en la Hispanic Society de Nueva York.

Como quiera que sea, a mediados de la década de 1890, cuando Sorolla hizo el primer retrato, Galdós

contaba con algo más de medio siglo de vida a sus espaldas y miles de cuartillas escritas. Hoy, un siglo después de su muerte, acaecida en Madrid el 4 de enero de 1920, este magnífico retrato, que preside una sala de la Casa-Museo Pérez Galdós, en Las Palmas de Gran Canaria, y que ha sido reproducido una vez tras otra –en libros, revistas y carteles, e incluso en sellos de correos y en los verdes billetes de mil pesetas–, sigue siendo una de las imágenes más populares del gran escritor español Benito Pérez Galdós.

2. Benito Pérez Galdós se instaló en Madrid en septiembre de 1862. Había nacido el 10 de mayo de 1843 en Las Palmas de Gran Canaria, en una familia de clase media poseedora de una casa de tres pisos en la calle de Cano. “Mi patria es Las Palmas”, le confesaba en 1888 a Leopoldo Alas “Clarín”. En la capital de España se matriculó en la Universidad Central, pero aprovechó poco los estudios de derecho. Paseó mucho por las calles y plazas, frecuentando teatros y cafés, y, como apunta en sus desmemoriadas memorias, “invertía parte de las noches en emborronar dramas y comedias”. La escritura iba a convertirse, poco a poco, en su entretenimiento y oficio, en su pasión y vida.

En Madrid fue testigo de la crisis del reinado isabelino, así como de las agitaciones y esperanzas –convertidas, al final, en decepciones– del Sexenio Democrático. Ambos momentos marcaron

profundamente su trayectoria vital y aportaron preciados materiales para su futuro quehacer literario. Entre 1865 y 1873 colaboró abundantemente en la prensa, escribiendo sobre música, literatura y política, además de adelantar fragmentos de futuras novelas.

3. A principios de la década de los años setenta, Galdós dio a la estampa sus primeras novelas: *La Fontana de Oro* (1870), *La sombra* (1870) y *El audaz* (1871). Poco después, entre 1873 y 1875, se publicaron los diez volúmenes que conforman, en conjunto, lo que conocemos como la primera serie de los *Episodios nacionales*. La inauguraban *Trafalgar* y *La corte de Carlos IV*, para seguir con ocho títulos ambientados en la guerra contra los franceses: *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, *Bailén*, *Napoleón en Chamartín*, *Zaragoza*, *Gerona*, *Cádiz*, *Juan Martín el Empecinado* y *La batalla de los Arapiles*.

En esta serie coexisten dos planos, que se entrecruzan en permanencia: la vida y ascenso social de Gabriel Araceli, el protagonista, y la historia española entre la batalla de Trafalgar y la derrota de los franceses. Constituye, a fin de cuentas, la gran novela española de la Guerra de la Independencia.

En 1873 escribió cuatro episodios y cinco al año siguiente. Algunos fueron elaborados en dos meses o, incluso, en uno. El ritmo de escritura era endiablado. Y lo siguió siendo a lo largo de su vida, ya fuese con otros episodios, novelas, obras de teatro o artículos. Lo que no significa, en ningún caso, carencia de estilo, dejadez o que los *Episodios* fuesen piezas menores. Los análisis de los manuscritos galdosianos y de las galeradas evidencian lo contrario. Era un novelista cuidadoso y metódico, con voluntad de estilo y una enorme capacidad de trabajo.

La segunda serie de los *Episodios*, ambientada en los tiempos del reinado absolutista de Fernando VII, empezó a publicarse inmediatamente después de la anterior. El éxito de la empresa animaba a ello. Constaba, asimismo, de diez volúmenes, editados entre 1875 y 1879. Empezaba con *El equipaje del rey José* y concluía con *Un faccioso más y algunos frailes menos*. En este último libro figuraba una declaración de intenciones: “Quédese, pues, aquí este largo trabajo, sobre cuya última página (a la cual suplico que me sirva de Evangelio) hago juramento de no abusar de la bondad del público, añadiendo más cuartillas a las 10,000 de que constan los *Episodios nacionales*. Aquí concluyen definitivamente éstos.”

Ya en agosto de 1880, el crítico Clarín calificaba los *Episodios nacionales* como “la novela mejor pensada, más inspirada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo”.

4. Paralelamente a la publicación de la segunda serie de los *Episodios* empezaron a ver la luz las grandes creaciones de Pérez Galdós no pertenecientes a lo que él mismo llamara el género histórico. En 1876 apareció la novela *Doña Perfecta*, a la que siguieron *Gloria*, *Marianela* y *La familia de León Roch*. En la correspondencia de esta época con Ramón de Mesonero Romanos y José María de Pereda se trasluce claramente el sobreesfuerzo del escritor por avanzar y terminar con todos sus proyectos literarios.

La escritura era una forma de vida. Dedicó los casi dos decenios siguientes a la elaboración de otras novelas y piezas teatrales. Algunas de sus grandes creaciones literarias pertenecen a esta época: *La desheredada* (1881), *El amigo Manso* (1882), *El doctor Centeno* (1883), *Tormento* (1884), *La de Bringas* (1884), *Lo prohibido* (1885), *Fortunata y Jacinta* (1886-1887), *Miau* (1888), *La incógnita* (1889), *Realidad* (1889), *Ángel Guerra* (1891), *Tristana* (1892), *La loca de la casa* (1892), *La de San Quintín* (1894), las cuatro novelas de Torquemada (1889-1895), *Nazarín* (1895), *Halma* (1895), *Misericordia* (1897) y *El abuelo* (1897). Estas obras contienen todo un mundo.

Escribió regularmente en los periódicos españoles y latinoamericanos. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro. El estreno del drama *Electra* en Madrid, en 1901, dio lugar a notables protestas y enfrentamientos entre sectores clericales y anticlericales. En 1902 estrenó *Alma y vida*. En los años siguientes vieron la luz las novelas *Casandra* (1905) —adaptada al teatro y estrenada cinco años después— y *El caballero encantado* (1909). En la etapa de entre siglos, Pérez Galdós transitó, en el terreno literario, desde el realismo a un cierto simbolismo.

5. Razones de índole material, junto a otras más estrictamente literarias, le impulsaron a retomar la aventura de los *Episodios* en 1898. El proceso en los tribunales para recuperar la propiedad de sus obras, en el que actuó como abogado Antonio Maura, obligó al escritor a buscar nuevas vías para conseguir beneficios. La necesidad de ingresos suplementarios, junto con la contrastada atracción popular del producto y la ampliación de la distancia entre el tiempo del relato y el de la escritura, explican la reanudación de esta empresa literaria.

Los veinte volúmenes que, en total, conforman la tercera y la cuarta series de los *Episodios* se publicaron en 1898-1900 y en 1902-1907, respectivamente. El reinado de Isabel II, entre 1833 y 1868, constituye el telón de fondo de estos libros. En los últimos intervino de manera directa la experiencia personal del autor. El

optimismo liberal de la década de 1870 dejaba paso, en estas obras, a una visión mucho más desengañada.

En 1908, Pérez Galdós inició la preparación de la quinta y postrera serie, ambientada en la etapa que se abría con la revolución de septiembre, en 1868. Solamente seis títulos llegaron a las librerías, a un ritmo más pausado que en series anteriores, consecuencia de la edad y los achaques del autor: *España sin rey*, *España trágica*, *Amadeo I*, *La Primera República*, *De Cartago a Sagunto* y, editado en 1912, *Cánovas*. A este último deberían haberle seguido cuatro más, a fin de completar otra serie de diez, pero los problemas de salud del novelista impidieron toda continuidad.

Los cuarenta y seis tomos que salieron de la pluma de Galdós constituyen un magnífico friso de la España del siglo XIX. El auge europeo e hispánico de la novela histórica, la apuesta por la novela de costumbres —ese género vinculado al universo de la clase media que, según el escritor canario, no existía todavía en la España de 1870 y que era capaz de recrear “un mundo de novela”— y, asimismo, el interés por el presente español y el pasado reciente o contemporáneo, a la manera europea de Balzac, Dickens o Tolstói, se encuentran en la base de la gran empresa comenzada en 1873. Galdós llevó a cabo, como afirmara Azorín, “la obra de revelar España a los españoles”.

6.

Desde un punto de vista ideológico, del liberalismo evolucionó, entrado ya el siglo XX, al republicanismo. El peso del 98 no fue secundario, mostrándose cada vez más crítico con el régimen de la Restauración. Mientras que en la década de 1880 había sido proclamado diputado por la formación que lideraba Práxedes Mateo-Sagasta, en 1907 formó parte ya de la candidatura republicana por Madrid. Más adelante iba a participar en la Conjunción Republicano-Socialista. Como diputado en las Cortes españolas, en el siglo XX, fue elegido por Madrid y por Las Palmas de Gran Canaria.

Entre 1907 y 1913 redactó y firmó numerosas cartas, peticiones y manifiestos políticos. Y participó en innumerables reuniones y mítines. Escribía Federico García Lorca: “yo recuerdo con ternura a aquel hombre maravilloso, a aquel maestro del pueblo, don Benito Pérez Galdós, a quien yo vi de niño en los mítines sacar unas cuartillas y leerlas, teniendo como tenía la voz más verdadera y profunda de España”.

Nunca contrajo matrimonio, aunque tuvo relaciones más o menos largas, más o menos intensas con Concepción Morell, Emilia Pardo Bazán, Lorenza Cobián —madre de su hija María— o Teodosia Gandarias. Compaginó su vida madrileña con estancias en Santander, en donde se construyó un chalet que bautizó como San Quintín.

Mientras estaba preparando *Amadeo I*, como reconocía el novelista en carta de agosto de 1910 a Teodosia Gandarias, “apenas veo lo que escribo”. Desde entonces dictó a su secretario Pablo Nougués todas sus composiciones. Las operaciones en la vista se saldaron con fracasos. A Serafín y Joaquín Álvarez Quintero les decía, en junio de 1916: “Yo estoy muy enfermo y casi ciego.” Las dificultades progresivas para andar, los dolores en las piernas, las neuralgias y frecuentes catarros lo acompañaron también en aquellos tiempos.

Los problemas de salud no fueron los únicos que le preocupaban en la segunda década del siglo XX. La falta de dinero y la presión de los acreedores constituyen contrariedades recurrentes en su correspondencia personal. La obligada reducción de sus trabajos, junto con una mala gestión y excesiva generosidad, contribuyeron a hacer más acuciante este tema. A título individual y oficial, existieron varias iniciativas para ayudar económicamente a Pérez Galdós. El preciado Premio Nobel de Literatura, que, además de merecido reconocimiento, habría podido darle un buen respiro, nunca llegó. Su candidatura tuvo ciertas posibilidades de prosperar entre 1912 y 1917.

Algunas pocas obras acabaron de completar la extensísima producción literaria galdosiana: una novela breve, *La razón de la sinrazón*, de 1915; las *Memorias de un desmemoriado*, en 1916, y, asimismo, las obras de teatro *Celia en los infiernos*, *Alceste*, *Sor Simona*, *El tacaño Salomón* y *Santa Juana de Castilla*, estrenadas entre 1913 y 1918.

7.

La última aparición pública del autor de *Fortunata y Jacinta* y de tantas obras inmortales tuvo lugar la tarde del 19 de enero de 1919. Asistió a la inauguración, en el madrileño Parque del Retiro, de un monumento en su honor, obra de Victorio Macho. A partir de mediados de octubre tuvo que guardar cama definitivamente. Su estado fue empeorando. Todo aquel año constituyó, como le dijera el sobrino del novelista a un amigo de la familia, “un constante apagamiento”.

Falleció la madrugada del 4 de enero de 1920 y miles de personas acudieron al día siguiente a su entierro. Fueron unos funerales multitudinarios. El pueblo de Madrid, tantas veces recreado por el novelista de origen canario, pero madrileño de pro, rindió homenaje a un español eminente. Tenía 76 años y dejaba una inmensa y valiosa obra literaria, que lo convierte en el escritor español más importante después de Miguel de Cervantes. Con Benito Pérez Galdós, como apuntara el escritor y político republicano Álvaro de Albornoz en 1943, desde el exilio, “somos los hijos de nuestro tiempo, los hijos de la España del siglo XIX”. —

JORDI CANAL (Olot, 1964) es historiador y profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *La monarquía en el siglo XXI* (Turner, 2019).